

El autor y sus primeras lecturas

Emmanuel Carballo

El gran crítico mexicano Emmanuel Carballo imparte una lección literaria al recordar sus primeras lecturas y a sus autores predilectos. Una verdadera cátedra de buen gusto.

Los autores a los que voy a referirme tienen que ver con las lecturas de un muchacho que rebasa los veinte años y piensa en voz alta. Se trata de juicios impresionistas. En ellos consigno recuerdos de lo que viví, soñé, aprendí y gocé al leer y releer algunos libros que fueron para mí fundamentales.

Determinados textos me permitieron manifestar mi admiración por cierto tipo de literatura. Leer y releer ayudaron a entenderme a mí mismo y a otras personas. A mí mismo como crítico literario en pañales y como joven deseoso de que la gente mayor lo tuviera en cuenta.

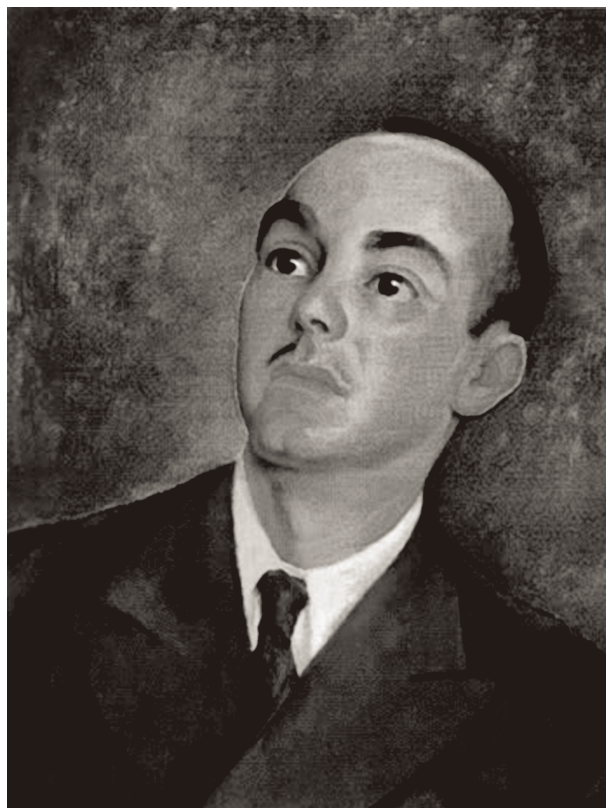
Escojo unos cuantos autores y unas cuantas obras. Cuando hablo de Goethe o Reyes, de López Velarde o Dostoievski, me refiero (casi siempre) al autor que leí a los veinte años y no a los sesenta, ni de los sesenta para arriba. A varios de los escritores que frecuenté en mi juventud ahora los leo poco: por ejemplo, al autor del *Werther*. Leo más las *Conversaciones con Goethe* de Eckermann que el *Fausto* o *Las afinidades electivas*. Sin embargo, de cuando en cuando, vuelvo a sus cartas de amor a Carlota von Stein, libro que me atrapó y sigue atrapándome de principio a fin.

AUTORES PREDILECTOS EN POCAS PALABRAS

Confieso cuáles fueron mis preferencias literarias entre 1948 y 1955. López Velarde era un péndulo: lo amo y lo rechazo, lo rechazo porque lo amo. Bernárdez me atrae porque deja atrás en algunos momentos el verso por el versículo. Advierto en su obra desde hace algunos años cierta atrofia de habilidades. Se ha quedado en la comparación y rehúye la metáfora. Whitman me interesa. Su versículo huele a campo, sudor y sexo. Si remontara el río de los hallazgos pondría en primer lugar la Historia Sagrada, la que, de la mano, me condujo a uno de mis goces más duraderos, la *Biblia*, en la versión de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera. La “Epístola moral a Fabio” me impresionó a partir de la adolescencia. (Un maestro, como castigo, hizo que la aprendiera de memoria). Los griegos rezuman vida y no hablan del futuro. Luchan por entrañables pertenencias: la comida, la bebida, las mujeres, la tierra y el derecho a seguir siendo griegos. He leído en menor medida a los latinos. Virgilio, en sus *Églogas*, tiene la suavidad afelpada de un durazno. Catulo hizo que me diera cuenta de que en el amor son sinónimos y no contrarios lo soez y lo refina-



Padre Alfredo R. Placencia



Carlos Pellicer en una pintura de Diego Rivera

do. Por Cicerón sentía aversión gratuita: por supuesto que estaba equivocado. En otros predios Boccaccio era uno de mis preferidos, al igual que Chaucer. (Me agradaba encontrar en uno y otro desenfado y microbios). D.H. Lawrence desconfía de la razón y se detiene, complacido, ante los instintos de hombres y mujeres.

ALFONSO REYES

Las letras mexicanas en 1949 estaban más próximas a la república centralista que a la república federal. La Ciudad de México era su cabeza y en ella se producían las obras fundamentales. En ella, asimismo, estaban arraigados los escritores más significativos. La provincia no contaba, tan sólo producía escritores cuyo trabajo para ser reconocido debía publicarse y juzgarse en la capital del país. Casos como los de Othón, Placencia y González León eran vistos como excepciones que no modificaban la regla: fuera de México, se decía, todo es Cuautitlán.

En ese momento, el escritor más famoso se llamaba Alfonso Reyes, cuyo regreso al país se había efectuado pocos años atrás. Don Alfonso retornó a escribir algunas de sus obras más ambiciosas y ordenar sus papeles y sus libros en proceso, también a disfrutar el prestigio ganado en tierras españolas y sudamericanas.

Su figura era en ese entonces controvertida: algunos veíamos en él la superación de prejuicios aldeanos y el ejercicio concienzudo y lúcido de las letras; otros lo miraban como un escritor que poco o nada tenía que ver con los problemas mexicanos. El nacionalismo nublaba

el entendimiento y era fácil emitir juicios que hoy, desde una óptica distinta, nos parecen impertinentes. Algunos consideraban a Reyes un descastado y otros un evasista. Se exigía al escritor que cumpliera tareas para las cuales no estaba diseñado: se le solicitaba que asumiera el papel de profeta o de político adicto al Partido Comunista o por lo menos al de la Revolución Mexicana.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Cantor por excelencia de la provincia consolidó sus facultades expresivas en la Ciudad de México, donde produjo sus mejores poemas. Vale más humana y estéticamente *Zozobra* (su segundo libro de poemas) que su obra inicial, *La sangre devota*. En este libro la provincia, sin dejar de ser auténtica, es más epidérmica. En *Zozobra* y su libro póstumo, *El son del corazón*, la provincia es más esencial. En ostracismo voluntario, López Velarde pudo profundizar en su significado y características.

Sus rasgos físicos: la plaza de armas, el palacio municipal, la parroquia, la alameda, “el caserío de estallante cal”, “los naranjos de elección”, los domingos y fiestas de guardar, los días de novenario, la minúscula zona roja se trasmutan en otras instancias de mayor prosapia como el “florecimiento que se vuelve cosecha”. La pompa lujuriosa de la liturgia se torna amado espectro de su rito. Ya no describe la provincia, se sirve de ella (geografía e historia) para calificar o determinar sus estados de ánimo o como materia prima para urdir metáforas e imágenes. Así su alma se desazona “como pobre chicue-

la a quien prohíben en el mes de mayo que vaya a ofrecer flores a la iglesia”. O bien compara el rostro de Fuen-santa, poblado por una “redecilla de medrosas venas”, con un “campo de trigo en que latiese una misantropía de violetas”. De igual modo inhala la presencia de su amada “como en la fiesta del Corpus respiraba hasta embriagarme la fruta del mercado de mi tierra”.

En el momento de la creación la provincia tiene el mismo valor que la capital. Pero ésta posee sobre aquélla, en la vida diaria del escritor, indudables ventajas: el estímulo de una vida cultural más amplia, el acicate constante de la competencia, las conversaciones con escritores afines en edad e ideas y aun mayores, la división del trabajo más amplia que permite al creador tareas en consonancia con su oficio. Pobre en su contorno, la provincia no ofrece, o lo ofrece restringido, el ambiente propicio para que el escritor se desarrolle. El propio López Velarde traza en estos versos el posible retrato futuro de numerosos escritores regionales: “Si yo jamás hubiera salido de mi villa, / con una santa esposa tendría el refrigerio / de conocer el mundo por un solo hemisferio”.

EL PADRE PLACENCIA

A lo largo de su obra, que coincide en el tiempo con la del obispo Montes de Oca, el cura Alfredo R. Placencia ofrece una visión del mundo, del hombre (en numerosas ocasiones de sí mismo), de la vida y de Dios insólita en la poesía mexicana. Cristiano ajeno a las ideas inmovibles, pecador constante, mira en torno y sólo encuentra el caos, la irracionalidad, el silencio de Dios, el triunfo de los sepulcros blanqueados y la presencia constante de la angustia.

Se afirma que es un poeta religioso, que en ciertos momentos alcanza rango de místico, pero se olvida que es, ante todo, un poeta existencial que lo mismo habla con Dios de tú a tú que consigna el patético “estar ahí” del hombre en la tierra, sin oficio ni beneficio.

Poeta religioso, sí, pero de una religiosidad distinta de la que se practicaba durante los años en que escribe, de una franqueza agresiva que comunica mediante un estilo coloquial, desenfadado, pueblerino, propenso a los altibajos (a un verso brillante puede seguir un verso cojo y ramplón) e innovador en su momento, no sólo en México sino en la poesía religiosa de esos años.

PEDRO GARFIAS

A propósito de poetas, acabo de conocer a Pedro Garfias. Ayer por la tarde acompañé a Arturo Rivas Sainz al hotel en que se aloja. El motivo: conducirlo hasta el

Paraninfo de la Universidad de Guadalajara donde esa noche diría sus poemas. Subimos a la habitación y lo encontramos en condiciones lamentables, incapaz de tenerse en pie y sostener una conversación congruente. Arturo, que lo conoce de tiempo atrás, sabía cuál era el remedio adecuado para esa enfermedad. Pedro se impone al alcohol bebiendo más alcohol. Así sucedió esa tarde: el tequila mezclado con limonada le permitió asistir a su compromiso y decir de memoria sus poemas con tal precisión y justeza que conmovió a las numerosas personas que lo miraban y escuchaban como si fuera un mago venido de otro planeta.

Garfias es un poeta auténtico que trajo a la lengua española un nuevo modo de mirar y vivir la poesía. Si encontró sus raíces en el Siglo de Oro y si su maestro más próximo fue Antonio Machado, su obra dio un nuevo sentido a las premisas y ofreció al lector una curiosa síntesis en la que se identifican el rigor técnico y la disipación vital (para llamarle de algún modo), el clasicismo y una agonía que en algo se parece a las doctrinas existenciales: más a Unamuno que a Kierkegaard. Estuvo más cerca del sentimiento trágico de la vida que del concepto de la angustia.

CARLOS PELLICER

En Pellicer no sobresale un rasgo sino varios: la humildad, la soberbia, el heroísmo, la capacidad de entrega, ya sea al amor, a una causa política o a una doctrina religiosa. En resumidas cuentas, lo que Pellicer resalta en sus poemas es la prodigiosa naturaleza humana.

Entre otros podría citar a Díaz Mirón y Chocano, pero las verdaderas influencias que soporta su poesía son el Valle de México, el color y el calor de Tabasco, su madre, los héroes como Bolívar y Morelos, los ríos caudalosos (del sureste), la selva, el México anterior a la llegada de Cortés, San Francisco de Asís, Vasconcelos, el amor, el pecado y el arrepentimiento.

OCTAVIO PAZ

Poeta de todas las horas, quizá prevalezca en sus poemas la madurez del mediodía, madurez gozosa que se identifica con el encuentro y el abrazo nupcial de la pareja. Paz es el poeta de las nupcias: en sus textos líricos copulan el cielo y la tierra, el hombre y la mujer, los animales, los astros, las plantas, las palabras, y copulan alegre y satisfactoriamente. El amor (con exactitud el erotismo) es, entre las formas de aprender y comprender, la más lúcida y la más válida, quizá la única.

Y a través del erotismo descubre y puebla un mundo en el cual el hombre y la mujer luchan, se despedazan y

resucitan de sus cenizas. Su erotismo abarca incluso al lenguaje: para él existen palabras masculinas y palabras femeninas, y de su conjunción nace el poema. Es más, en numerosos poemas suyos aparecen versos varones y versos hembras: colocados unos después de otros, su proximidad se vuelve explosiva. Estallan, y su luz ardiente ilumina el universo. Esta técnica (porque en el fondo se trata de una técnica) le permite obtener que los afectos exasperantes se tornen plácidos y tiernos. (La ternura y la placidez al correr del tiempo engendran de nuevo la lujuria. Aquí ya no se puede hablar de técnica sino de dialéctica, de dialéctica amorosa). Satisfecho el deseo, a la compañía sucede la soledad, como a la noche la mañana.

ALÍ CHUMACERO

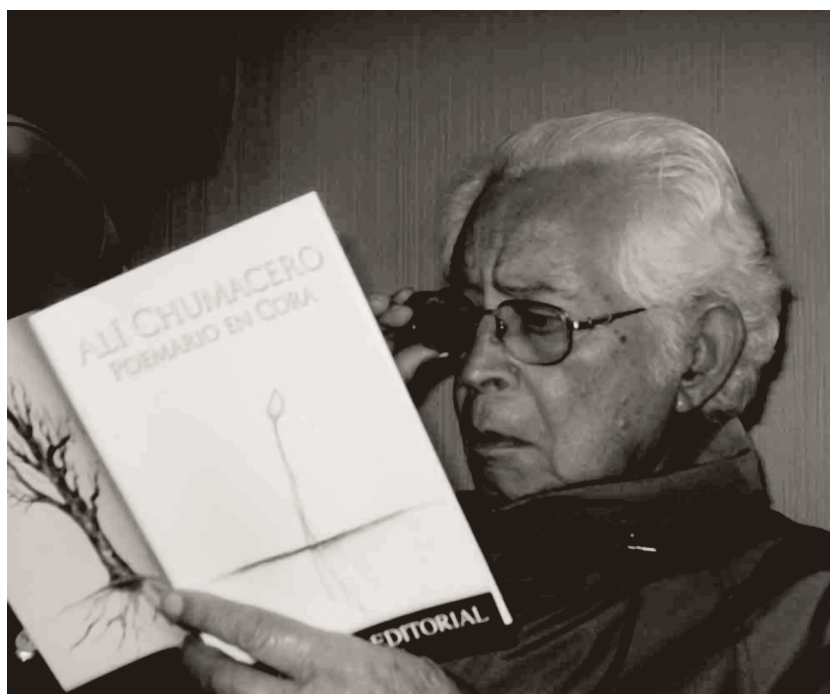
En esta hora en que el desaliño se erige virtud, Chumacero representa *una manera* lúcida de resolver los problemas que plantea la poética de hoy. Es moderno no en los extravíos, sí en el uso de los legítimos recursos con que algunas técnicas del pasado han enriquecido la poesía actual. Su ejemplo es benéfico para los poetas novísimos por ser una lección de cordura, de probidad poética. El oficio creador al mismo tiempo que es una lección de paciencia, lo es de perfeccionamiento personal, de estudio a todas horas y todos los días. Éste es el caso peculiar de Alí Chumacero.

JULIO TORRI

Estoy convencido de que desde la primera juventud encontramos a algunos autores a los que seremos fieles a lo largo de nuestra vida. En las letras mexicanas uno de esos escritores es Julio Torri. Aún recuerdo que en la Librería Font, de Guadalajara, compré el mismo día sus dos libros capitales: *Ensayos y poemas* (1917) y *De fusilamientos* (1940).

En Torri descubrí virtudes literarias que para mí son fundamentales: la brevedad, la intensidad, la sorpresa, la eficacia y la hondura en lo que se refiere al conocimiento del hombre y su circunstancia. Los temas que usa son unos cuantos: su propia biografía intelectual y amorosa distorsionada, el hallazgo y la demolición de la mujer, el desconsuelo al advertir que las relaciones interpersonales son restringidas e insatisfactorias, la declaración de sus propósitos artísticos y la burla de la fealdad cotidiana.

Ya en la Ciudad de México, él fue uno de los primeros autores a quien conocí por voluntad propia. Lo visité con cierta frecuencia en su casa de la Plaza Finlay. Don Julio era un hombre torpe de movimientos, cegato,



Alí Chumacero

de dicción titubeante y discurso parco y certero. A preguntas concretas, y en la intimidad, respondía con juicios de asombrosa cultura y personalísimos puntos de vista. La malicia y la ironía fueron, quizá, las notas distintivas de este hombre extraño entre crepuscular y nocturno.

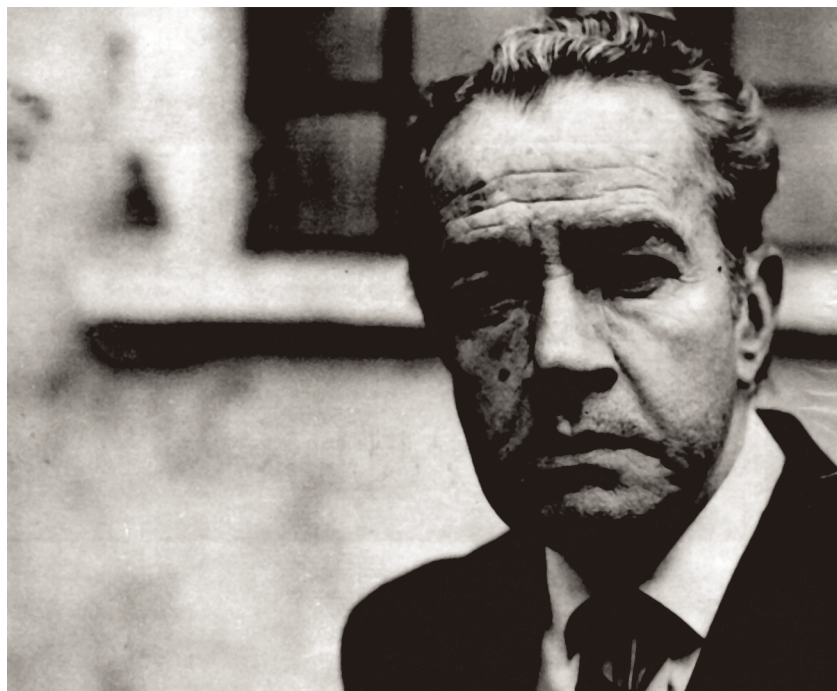
A mí me tocó ser uno de los primeros en revalorar su obra y establecer el sitio que hoy ocupa entre los prosistas del siglo XX: es uno de nuestros escritores en prosa más significativos, deslumbrantes y osados.

AGUSTÍN YÁÑEZ

Agustín Yáñez fue para mí una persona importante. Como escritor sus novelas, sobre todo *Al filo del agua* (1947), me permitieron entender en la práctica una afirmación teórica: que se podía ser al mismo tiempo un escritor jalisciense por los cuatro costados y un escritor comprensible y significativo en cualquier parte del mundo.

Al filo del agua posee sucesivos estratos de significación. Ofrece varios dramas individuales (el de Gabriel y Luis Gonzaga, el de Damián Limón, el de María y el de Micaela) y un drama colectivo en el que participan, consciente o inconscientemente, los habitantes de esa remota e innominada aldea que vive los últimos momentos del “antiguo régimen”.

El conflicto surge con la llegada al pueblo de una “noble señora” de Guadalajara (una “noble señora de provincia” en el lenguaje de López Velarde) que pone en crisis el ascetismo y la hipocresía lugareños. En el plano sentimental, Victoria equivale a la lucha armada que el pueblo arremete contra las autoridades en 1910, representa a la Revolución: su presencia favorece el surgimiento de un nuevo orden, una nueva tabla de valores



Juan Rulfo

para juzgar los actos. Humaniza, torna productivas (a largo plazo) las vidas de algunos personajes: Gabriel, María y Jacobo le son deudores, directa o indirectamente, de valiosos estímulos espirituales. Victoria es un “personaje madre”: crea a su alrededor atmósferas y coopera al surgimiento de nuevos seres de papel y tinta.

Los forasteros (además de Victoria, los trabajadores agrícolas que regresan de los Estados Unidos) son los elementos subversivos que incendian la vida del pueblo y las páginas de la novela. No existe en nuestra amplia narrativa revolucionaria un texto, ni siquiera *Mala yerba* de Mariano Azuela, que indique con mejor sentido, sin descender al documento o al panfleto, cómo se vivía durante los últimos periodos presidenciales de Porfirio Díaz y, al mismo tiempo, aclare por qué surge y qué se propone la Revolución de 1910.

Al filo del agua es una novela de personajes, en la que la acción se vuelve subterránea y el tiempo se distorsiona en la conciencia de los personajes. En 1952 esta obra me parecía la novela más novela escrita a lo largo de la primera mitad del siglo xx. Hoy (1990) amplió la lista. En ella figuran, además de *Al filo del agua*, la novela autobiográfica *Ulises criollo* de Vasconcelos, *La sombra del caudillo* de Guzmán, *Pedro Páramo* de Rulfo, *La muerte de Artemio Cruz* de Fuentes y *Noticias del Imperio* de Del Paso. Estuve tentado de incluir a Revueltas, pero lo prefiero como cuentista, como admirable cuentista.

NELLIE CAMPOBELLO

En contados casos como el suyo es válido el viejo apotegma: “El estilo es el hombre”. Su literatura (prosa y verso) está hecha con la sustancia de su propia vida. Sus

libros resultan insólitos en los años en que los escribió y publicó, de 1931 a 1937; también porque la vida que nos cuentan es inusitada. Literatura de confesión, trasciende ese amplio y estéril casillero. Sus textos son algo más: se convierten en el testimonio conmovido de una niña que no sólo ve hacia adentro de sí misma sino hacia donde se encuentran los demás hombres y mujeres que la rodean en su casa y en la calle. Literatura de la Revolución y revolucionaria. De la Revolución porque describe con simpatía los hechos que ocurren en un mundo que va de la dictadura a la democracia, porque desecha los esquemas técnicos de uso corriente e, intuitivamente, los reemplaza con otros más acordes a su propio temperamento. Es la única, entre los narradores de su generación, que mira con amor el movimiento armado de 1910.

Nellie Campobello es, en la literatura mexicana contemporánea, una figura aislada. Lo peculiar de su sensibilidad y de su estilo la instalan en un sitio aparte. Su obra no entronca, tras una lectura seria, con nuestras más visibles corrientes narrativas; por otra parte, su obra no influye en la de los nuevos escritores. El único parecido que encuentro a sus libros es con la propia autora: y es tan grande que deja de serlo, se convierte en plagio. Plagian principalmente dos de ellos: *Cartucho* y *Las manos de mamá*, los acontecimientos terribles y triviales de la infancia de Nellie Campobello. Prosa de punto y aparte, solapadamente es la de una poeta, una poeta que pasa, sin darse cuenta, de lo áspero a lo tierno.

REVUELTAS, RULFO Y FUENTES

En las letras mexicanas, guardadas las proporciones, Revueltas es miembro de la misma familia que Dostoievski: uno y otro se propusieron desde jóvenes afrontar su propio destino, ser coherentes, sin temer a las consecuencias, con su vocación de escritores y asumir como hombres el compromiso de entenderlo todo y dudar de todo.

Dios en la tierra (1944) me puso en contacto con una concepción de la existencia reducida a sus elementos básicos: el amor, el hambre, la lucha del hombre contra el hombre y el deseo feroz de conservar la vida. Con esos pocos pretextos expresivos, Revueltas crea cuentos en los que el horror y la crudeza alcanzan categoría artística.

El Llano en llamas (1953) me permitió entender un mundo en retirada, el Porfirismo, los años que preceden a la Revolución, convulsos y desorientados, y los efectos que produjo este movimiento armado en el México campesino, pobre, atrasado en todos los órdenes y sin esperanzas. Esta nueva etapa del país sólo sirvió a los banqueros, los comerciantes y los nuevos políticos más ignorantes que los porfiristas y más ladrones que los

que produjo la dictadura. Con este libro y con *Pedro Páramo* (1955), Rulfo creó la gran metáfora que abarca el antes y el después de la vida rural mexicana.

Los días enmascarados (1954) surgió de pronto como una ruptura con el pasado inmediato, y quizá por pereza mental no se le concedió el sitio que merecía, el de mirar con ojos nuevos la realidad y escribirla con recursos acordes a la nueva etapa histórica que comenzábamos a vivir, la del “milagro mexicano” que inauguró Miguel Alemán algunos años atrás. Con Fuentes la literatura se vuelve citadina y cosmopolita.

JUAN JOSÉ ARREOLA

Conocí a Juan José en Guadalajara a principios del año de 1953. Y reconocí en él (hecho poco frecuente, como lo comprobaría después) al autor de sus cuentos. Se conducía como sus criaturas, hablaba como ellas y, como ellas, no distinguía entre imaginación y realidad. Lo agobiaban problemas en apariencia pequeños (las carreras de automóviles y bicicletas, las erratas en los libros recién publicados, la lentitud con que maduran ciertos quesos y la rapidez con que se marchitan algunas mujeres) y también lo oprimían los escasos y terribles problemas ontológicos y metafísicos.

En esos años Arreola primero vivía sus textos y después los redactaba. La primera etapa era impredecible en cuanto a duración; la que venía después, la propiamente literaria, duraba unos cuantos días o unas cuantas semanas. Pese a que las apariencias indicaran lo contrario, le era más fácil escribir que vivir. Y antes de llevar al papel sus vivencias y experiencias, sus precisas y lógicas construcciones fantásticas, las afinaba y discutía (sin que los interlocutores se dieran cuenta) con las personas cercanas que constituían el público que admiraba sus acrobacias mentales y expresivas de las que salía, casi siempre, sin luxaciones ni huesos rotos.

Juan José era el triunfo del verbo, el sustantivo y el adjetivo; el triunfo de lo preciso sobre lo confuso, de la forma sobre la materia prima, del entusiasmo (algunas veces) sobre la sensatez. Autodidacta de memoria fotográfica e intuición febril, hablaba sobre lo que conocía e inventaba y con verosimilitud se refería a lo que le era desconocido. En uno y otros casos complacía a su auditorio aunque a veces no le convenciese. Era un artista más que un hombre de ideas.

Sus temas preferidos eran el amor (la mujer en sí, el encuentro de la pareja, la cristalización y la imposibilidad de que ese sentimiento fuera más allá de un callejón sin salida), la ciencia alegremente transformada en tecnología, las sorpresas de todo tipo que podían convertirse, a cualquier hora, en el pavor, la belleza o el gozo de vivir. La política, teórica y práctica, no figuraba en-

tre sus temas recurrentes: creía en el hombre individual y no en el hombre colectivo.

PEDAGOGÍA DE LA LECTURA

López Velarde me descubrió la manera metafórica de adjetivar los conflictos de un hombre escindido entre el pecado y la gracia y, sobre todo, el modo tan peculiar de manifestarse, en un medio adverso, como poeta hostil a los cambios que trajo consigo la Revolución y adepto de una poesía que llega a lo universal a partir de un mundo cerrado, sobre todo en el primer libro, a las novedades políticas y religiosas.

Baudelaire me puso enfrente una verdad inobjetable: la poesía no tiene otra meta que sí misma. No compartí otra afirmación suya: “Después de todo un poco de charlatanismo siempre estará permitido al genio e incluso no le sienta mal”. Al leer algunas de sus sentencias me seducía; al reflexionar sobre otras de sus “puntadas” me resultaba un tanto rebuscado.

Taine, por esos años autor ya sin lectores, me fue útil cuando afirma que para comprender una literatura es necesario estar al tanto del genio nacional, formado por tres elementos: la raza, el ambiente y el momento. Hizo que comprendiera que detrás de toda novedad se suele encontrar un pensador olvidado.

De Paul Valéry recuerdo una declaración que de pronto me confundió:

La poesía absoluta no puede proceder sino por maravillas excepcionales; las obras que la integran constituyen, en los terrenos imponderables de las letras, aquello que se distingue por ser lo más puro y lo más improbable... La pureza última de nuestro arte exige tan largas y arduas restricciones que absorben el júbilo natural de ser poeta para no dejar al fin más que el orgullo de no estar nunca satisfechos.

Por ese camino, pensé, la poesía deja de ser comunicación con los demás para convertirse en un laberinto al cual todos podemos entrar y del cual sólo unos cuantos, los privilegiados, son capaces de salir.

MÁS SOBRE ALGUNOS AUTORES PREFERIDOS

1. REYES

Primero Alfonso Reyes. Me impresiona su coherencia, el tono preciso de sus textos, su capacidad de asimilación y transformación (perfecta economía humana), sus dotes para la risa y la sonrisa. No digo Reyes ensayista, Reyes poeta, Reyes narrador, digo Alfonso Reyes conjunción perfecta de todos los géneros.

2. EL CHISPAZO

Más que obras enteras prefiero pasajes, escenas, versos de Ovidio, Catulo, Bernárdez, Quevedo y López Velarde. El chispazo que enciende dos palabras, el gesto de un personaje que modifica la sintaxis afectiva de una novela, la idea a ras de tierra que entusiasma a una mujer sencilla.

3. GOETHE

Paralelamente a la vida, con la sustancia de la vida, Goethe construye su obra. Se descarga de la vida intoxicándose previamente de ella: creándola la destruye, y así se salva a sí mismo. *Werther* y otros libros posteriores son “aseos transitorios”, catarsis primero intuitivas y después conscientes, “acciones perseverantes a las que va sometiendo poco a poco los giros errabundos del alma”. En la juventud, y en Alemania, Goethe representaba “el centro mismo de la batalla”. Después pierde la posición ventajosa: son los años consagrados “a acumular energías y a ensanchar horizontes”. Cuando lo consigue, en la vejez, no tiene ya descendencia. “La literatura alemana no fue desviada por Weimar, como alguna vez se ha afirmado —aclara Alfonso Reyes—; la verdad es que se desvió de Weimar”. ¿Será verdad tanta proeza?

4. HEINE

Heine descubre la belleza dormida, la alegría y el entusiasmo, redescubre (sin admirarlos) a los dioses griegos. Heine declara la guerra a la injusticia, a la estupidez y al mal en todas sus formas. Heine lucha por el libre ejercicio de los instintos básicos del hombre y procura que esa justicia aproveche a sus propias glándulas. Heine se burla del romanticismo y de los alemanes y no deja de ser romántico ni alemán: fue “un ruiñón alemán que hizo nido en la peluca de Voltaire”, como escribió Max Aub. Heine mezcló lo que sus ancestros consideraban prosaico con lo poético, las tradiciones líricas populares con las convenciones poéticas cultas, el color local con la significación ecuménica, el amor con el odio. De esta mezcla surgió el primero de los satíricos modernos y un hombre preocupado por el destino de las mayorías.

5. DOSTOIEVSKI Y TOLSTOI

Una de las primeras lecturas totales que hice en la primera juventud fue la de Dostoievski: dos voluminosos tomos empastados en piel roja, de Aguilar, con prólogo de Cansinos Assens. Los compré en abonos. (Libros que perdí en una de mis mudanzas amorosas). Lectura que no acepta intromisiones, me declaré enfermo durante dos semanas. Y efectivamente leer a Dostoievski es una enfermedad que inocular al lector con el virus de la vida: la vida como pasión devoradora y sin límites, la vida como angustia que lo mismo puede redimir o condenar a quien la viva, la vida como apego y fidelidad a los desposeídos del afecto y los explotados del cuerpo y el alma, la vida como soberbia que llega a matar a Dios para convertir en Dios al hombre.

En Dostoievski aprendí a no tenerle miedo a la cursilería, a querer por igual a los personajes demoniacos y complicados que a los sencillos e ingenuos, a aceptar que la gran literatura se escribe con los mismos materiales con que antes se fabricaron la novela por entregas y la novela del corazón: lo importante no son las historias sino la fuerza, el arrebató y el amor con que éstas son contadas. Por último, Dostoievski me enseñó a distinguir entre el literato y el escritor. Él fue escritor, un enorme e inabarcable escritor; hoy, entre nosotros, abundan los literatos.

Si es cierto que todos nacemos dostoiévskianos o tolstoianos, yo crecí y viví mi juventud como partidario de Dostoievski; a partir de los cuarenta años comencé a leer a Tolstoi (por influjo de Torres Bodet) y todavía no termino de hacerlo: en cada lectura es un escritor diferente y sus novelas no son dos veces las mismas. Sin negar a Dostoievski, hoy me siento más próximo a Tolstoi. Del Tolstoi que se sumerge en las letras y no deja que le gane su obsesión por reformar la mente y el corazón del hombre.

6. D.H. LAWRENCE

Lawrence es un profeta, el profeta de la vida oscura, de los instintos bautizados por la sangre. Un profeta mayor, antiguo en el nuevo testamento. No es un blasfemo ni un insolente, es un hombre con todo lo que

Leer a Dostoievski es una enfermedad que inocular al lector con el virus de la vida: la vida como pasión devoradora y sin límites.

ello implica. Piensa como Goethe, aunque sea su antípoda, que después de Homero no se pueden crear héroes sino heroínas. Y qué mujeres las suyas. Del primer día de la creación, enteras. En algo sus mujeres se asemejan a Wilhelm Meister, ascienden a la plenitud tras los años de aprendizaje. Ana, Úrsula, Catalina, esta última Quetzalcóatl de lo femenino: como él de raza blanca; en vez de barba su equivalente, una vida hormonal perfecta. Sus machos parecen los zánganos de las abejas: son demasiado pequeños si se les compara con las hembras.

Lawrence es un hombre conmovedoramente ingenuo. A lo largo de su vida creyó que el amor es la única fuerza que no deprava sino perfecciona a las personas. Polo opuesto a una bomba, es energía que une, que reúne. Amor cuyos cimientos descansan en el sexo y cuyas últimas consecuencias, por vagas, son casi imprevisibles: se diluyen en los innumerables matices de la felicidad.

Cometió la osadía, y éste es un error que la gente decente no perdona, de vivir y escribir de acuerdo con el código sencillo de sus instintos. Seguro de sí mismo, desafió los prejuicios del grupo social al que pertenecía. Cantó mujeres, cantó hombres, cantó ideas que pagaban en ese entonces bajos dividendos; cantó, en suma, el goce de la vida satisfecha.

La pureza de sentimientos y percepciones, la confianza que puso en la resurrección de la sangre y los mitos acerca de la vitalidad y la plenitud le concedieron, después de una larga batalla contra la sociedad de su tiempo, sitio en el sector más vivo de los lectores más despiertos.

7. KATHERINE MANSFIELD

Repaso el *Diario* de Katherine Mansfield, mujer de tierras novísimas trasplantada al viejo continente. En ella el lenguaje suena a infancia, a nubes, a mar, a corderos. Es el júbilo de lo imprevisto, el rumor maduro de una fruta que cae del árbol por sí sola, la alegría de oler el aire y gozar sus aromas. Era toda sexo y el sexo le daba espíritu. Encuentra lo extraordinario en lo ordinario, la magia en la vida cotidiana. Cuenta el tiempo en instantes felices y, por tanto, fugaces. Emigró como los pájaros, y no le probó el nuevo clima.

8. JEAN GIONO

Por recomendación de Juan Rulfo leí a este autor, el del nacimiento de la propia aventura. Cada hombre es un Odiseo que antes de arribar a su Ítaca, a los dudosos brazos de Penélope, necesita recorrer la vasta orografía de su propio entorno. Nadie puede dejar atrás la edad nómada si antes no ha agotado su propia soledad. Llegamos a la



Carlos Fuentes

mujer no por hastío ni por miedo, llegamos por fatalidad. La mujer es lo irremediable, lo *otro*, la soledad gemela. Al oponer la suya a la nuestra, la soledad se arruina: recobramos la ingenuidad de los primeros años.

9. PORFIRIO BARBA JACOB

Como poeta, pocos tan genuinos como él: “sus versos son maravillosa cristalería”. Pocos, también, tan declamatorios, tan cándidamente trascendentes, tan poco aptos para la autocrítica: después de escribir una obra maestra era capaz de componer un poema que bien pudo firmar un trasnochado poeta pueblerino. En pocos momentos de su vida poética pudo desprenderse de los desmanes de la estética modernista, de sus lujos verbales y su grandilocuencia.

En un grupo de poemas, no mayor de diez, que eran sus preferidos, supo calar hasta el fondo de sí mismo: de allí surgieron (desnudas y dolorosamente reflexivas) las obras “que él conceptuaba definitivas, perdurables, inmunes a la acción corrosiva del tiempo y de la moda; en suma, intemporales”. Entre nosotros dio carta de ciudadanía a los auténticos poemas homosexuales escritos en estas tierras.

10. JUANA DE IBARBOUROU

La conocí en las revistas femeninas que leía mamá. Recuerdo dos versos suyos: “tómame ahora que es temprano / y que llevo dalias nuevas en la mano”. La consideraba (y hablo de mi adolescencia) una poetisa cachonda, un tanto atrevida, pero que no podía ir más allá de la mo-

ral burguesa de los años veinte. Después leí *Las lenguas de diamante* y no modifiqué mis primeras impresiones. Sentí cierto asombro ante su sensualidad, su panteísmo, la sencillez con que canta (y cuenta) sus efusiones amorosas. Coquetea, se insinúa, pero al final se acoge a la voluntad del hombre que la ha hecho suya por una u otra razón. Aún no había llegado el momento en que la mujer eligiese en lugar de ser elegida. Nunca he entendido por qué Alfonso Reyes sentía admiración ilimitada por ella: la llamaba Juana de América. Don Alfonso a veces confundía adrede la literatura con el cortejo amoroso.

11. EL PRIMER PABLO NERUDA

Neruda nació adulto para la poesía. Aun en sus primeros libros lo propio se impone a lo postizo. Como el título de uno de sus poemas, es un “joven monarca”. Entra a plena luz y sin sonrojos en los libros ajenos, y de estas incursiones regresa ileso y acrecentado. (Sus plagios de adolescencia llevan implícito el asesinato). Todo lo asimila y a todo confiere nuevo sentido. No teme a nada ni a nadie, ni al prosaísmo ni a la cursilería.



Juan José Arreola fotografiado por Víctor Flores Olea

Por técnica es surrealista; por temperamento, romántico. En *El habitante y su esperanza* confiesa: “Yo tengo un concepto dramático y romántico de la vida; no me corresponde lo que no llega profundamente a mi sensibilidad”. De aquí derivan los aspectos sobresalientes de su quehacer artístico: símbolos violentos, metáforas antipoéticas y rico vocabulario. Enfrenta e identifica cosas dispares: lo insólito y lo familiar, lo gigantesco y lo minúsculo, la naturaleza y los productos de la sociedad de consumo.

Su empeño es la originalidad y no se resigna a sacrificar el menor hallazgo. Sus adjetivos, imágenes y metáforas deben de ser inesperados. Esta pretensión lo conduce en ocasiones al barroquismo; y el barroco (son palabras de Borges) engendra en algún momento su propia parodia.

12. JORGE GUILLÉN

Guillén es el poeta del júbilo, del gozo, el poeta que canta a las cosas porque encuentra en ellas (en las más cotidianas, en las más triviales) motivos suficientes para alegrarse de ser, de estar vivo. Es el poeta de la realidad. A mi juicio es entre los poetas de su generación el menos simbólico, el más directo. Su ruta va del pasmo al espasmo, de la contemplación a la admiración. La sorpresa, y todo es sorpresa, desemboca en el júbilo. Y todo ello lo comunica al lector mediante dos actitudes básicas: la emoción y la inteligencia. Mira emocionalmente la vida, y tal vez esta manera de mirar lo avergüenza. Entra en juego entonces la inteligencia. Racionaliza sus emociones, poda su entusiasmo (en ocasiones hasta la exageración), los concentra, los hace caber en su atormentada manera de versificar. Trata de ser impasible, pero los signos de admiración (casi un bosque) lo traicionan.

13. EPÍLOGO

He hablado de algunos autores y textos de mi predilección; debo hablar, para concluir, un poco de cómo era yo entonces. Mi mejor foto la encuentro en la carta que le mandé a don Alfonso Reyes el primero de septiembre de 1952:

Necesito darle algunas señas particulares para que me identifique. Visto aún el pantalón corto de los poetas recién llegados. Llevo en una de las mangas de la camisa lazo negro por mi infancia recién muerta. Mi casillero, el pasmo y la sorpresa continuos. Todavía me ruborizo cuando alguna persona de buena o mala fe me llama escritor. U